

Mateo 7:21 Thielecke

Sermón de Helmut Thielecke

Texto: San Mateo 7: 21

Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.

(Nota- Este sermón fue predicado en Alemania en plena Segunda Guerra Mundial. El sermón fue interrumpido por las sirenas y un ataque aéreo, poco después otro ataque completamente destruyó la parte que aún quedaba de la iglesia de modo que éste fue el último sermón que fue predicado allí.)

Cada petición del Padrenuestro hasta ahora nos ha enseñado que es una oración que se habla desde lo profundo. Sólo necesito recordarles unos pocos pensamientos para que podamos tener esto delante de nosotros con toda claridad.

Cuando nos miramos a nosotros mismos, con todos los golpes fuertes y las cargas que amenazan aplastarnos, parecemos ser huérfanos entregados al capricho de un destino completamente sin misericordia y todo lo opuesto a lo paternal. No es hasta que reconozcamos que somos circundados por los poderes del destino - y todos nosotros hoy sabemos algo o tal vez mucho de lo imposible que es escapar de ellos - que reconocemos el tremendo poder libertador que viene de poder decir: "Padre nuestro."

Y luego, no es hasta que consideremos que vivimos en un mundo en que los hombres matan y se mueren (y cómo matan y cómo mueren!), en un mundo en que podemos caer en las manos terribles de los hombres, un mundo en que solamente quedan rasgos débiles de la gloria y la grandeza que Dios deseaba para su creación - no hasta que recordemos todo esto podemos empezar a medir lo ferviente de esa petición, "venga a nos tu reino," lo ferviente de la esperanza y la añoranza con que esperamos la venida de un nuevo cielo y de una nueva tierra, en donde Dios será todo en todos.

Y así es también con la petición, "hágase tu voluntad."

Esta petición también se ora ante el fondo oscuro de un mundo en que, notoriamente, esta voluntad no se hace. ¿O debemos pensar que es la voluntad de Dios que las naciones deben exterminarse unas a otras, que las iglesias y los hogares se hundan en el polvo? ¿Debemos pensar que lo que hemos experimentado en nuestra ciudad y probablemente tendremos que seguir experimentando sea realmente la voluntad de Dios -

no solamente lo que ahora vemos como escombros, sino, sobre todo, lo que no vemos: las noches tristes de los que se quedan sin casa, y los enlutados, las luchas mortales y los pánicos, en los pozos y sótanos, las profundidades de la tierra, las escenas de terror de las que nadie nunca oye - es todo esto la voluntad de Dios? ¿O no es todo esto más bien la voluntad de los *hombres* que lo han hecho o han causado que se haga? ¿No es por tanto precisamente aquella voluntad que está en oposición a los consejos de Dios, aquella voluntad que Dios ahora ha entregado a sí misma para que pueda gastar toda su furia y aprender a reconocer la dirección mortal que su propio estado de perdición está tomando en el camino al terror?

Pero ni tenemos que mirar fuera de nosotros. ¿Es todo lo que va retumbando en nuestros propios corazones - los pensamientos de protesta que rehúsan reconciliarse, el espíritu inquieto de preocupación y ansiedad, el egoísmo en nuestra actitud hacia nuestro prójimo - es todo esto que sucede dentro de nosotros en pensamiento, palabra y obra, y hasta en nuestro sueños, realmente la voluntad de Dios? ¿No es otra vez esto nuestra propia voluntad, que es tan difícil quebrantar y que nunca se cansa de arrogantemente cerrar con llave cuando Dios toca en la puerta de nuestro corazón?

¿No es nuestra propia voluntad la que realmente nos hace tan infelices? ¿No es nuestra propia voluntad la de que queremos ser librados cuando clamamos: "hágase tu voluntad"?

Es cierto; esta petición también es un grito desde lo profundo. Y es por eso que tiene todas las promesas de aquél que descendió a nosotros en lo profundo. Esta petición también nos hunde en el arrepentimiento, ese dolor difícil pero piadoso, el cual, dice el apóstol, lleva directamente a la salvación, pero que es sin embargo un corredor amargo, oscuro, por el cual se tiene que pasar. Porque, después de todo, no tendríamos que orar que se hiciera la voluntad de Dios, si realmente se hiciera entre nosotros y si nosotros mismos y el mundo entero no estuviéramos viviendo nuestra vida en un boicoteo constante de su voluntad.

Jesús nos hace bien claro en el Padrenuestro que la voluntad de Dios no se hace entre nosotros. Nos lo indica por la forma especial en que nos ordena orar que se haga esta voluntad: que se haga entre nosotros "como en el cielo."

Obviamente, lo que quiere decir es: que se crean aquí en la tierra las condiciones en las que la voluntad de Dios se haga tan clara e inequívocamente como se hace entre los ángeles del cielo que constantemente miran el rostro de su Padre (San Mateo 18:10), que están constantemente ocupados en la liturgia celestial, la

adoración incesante de Dios. Y al momento en que Jesús está allí diciendo esto, allí está, la misma figura en quien brilla como un espejo este cumplimiento celestial. Porque fue solamente él que pudo afirmar acerca de sí mismo ese dicho asombroso: "mi comida es hacer la voluntad de mi Padre que está en el cielo." Nota, lo que dijo fue: mi *comida* es hacer la voluntad de mi Padre. No es algo "extra," un postre, algo de que piensas solamente después de haber satisfecho las necesidades elementales físicas de mi apetito y mi vida, algo con que complemento la comida de la vida dándole un poco de sabor religioso. No, es mi comida, es la comida principal de mi vida hacer la voluntad de Dios. Es decir: Así como vivo por mi pan diario, así como mi corazón, mis ojos y mi cuerpo entero son impulsados hacia la comida por el impulso espontáneo del hambre, así vivo por la voluntad del Padre, así soy impulsado hacia él y unido a él con cada fibra de mi ser. Tampoco podemos pensar de esta asombrosa evaluación de sí mismo de Jesús como algo que se habla con el menor rasgo de fariseísmo, como si esta unidad total con la voluntad del Padre fuera algún mérito suyo. No dice esto como si también estuviera diciendo: ¡Mira acá, cuán noble y santo soy que he podido trabajar y refinarme hasta tal punto! ¡Miren, tan alto me he elevado por encima de mi propia naturaleza y la de todos los demás!

No, lo que está diciendo es exactamente lo opuesto: es mi naturaleza hacer eso. Exactamente en la misma manera en que es un impulso natural tener hambre y buscar satisfacer esa hambre, así toda mi vida está animada por un solo impulso; vivir en contacto inquebrantado y en armonía completa con el Padre. Y así como apaciguar el hambre crea un estado de satisfacción; quizás hasta de bienaventuranza, así entro en gran paz cuando vivo en esta armonía con el Padre. Esto no es mérito, Jesús está diciendo, más que satisfacer el hambre es una obra o un mérito. Es un impulso elemental de la naturaleza - aunque es, por supuesto, un impulso de aquella naturaleza inquebrantada que salió de las manos del Padre. (Ah, mis hermanos humanos, ¿que ha sido de su naturaleza?) En cuanto a mí, yo me moriría de hambre si no actuara conforme a mi naturaleza.

Queridos amigos, ¿no somos todos nosotros tales hambrientos? ¡Qué criaturas tan extrañas somos! Nos parapetamos dentro de nuestra propia naturaleza (nuestra naturaleza enferma y alterada,) resistiendo la voluntad de Dios y todo lo que él decreta concerniente a nuestra vida como si toda nuestra felicidad dependiera de tener nuestra propia voluntad. Aquí es donde aparece una enfermedad y perversión profunda. No es solamente por debilidad que nosotros los hombres fallamos en hacer la voluntad de Dios, no es solamente porque nos falta la energía necesaria para obedecer o somos demasiado flojos y nos damos por vencidos demasiado pronto. (Así es como Kant

interpretó la naturaleza humana. Él Dijo que los hombres conocen la norma del bien, el imperativo categórico, pero que siempre fallan en cumplir esa norma en sus esfuerzos morales.) No, la enfermedad está mucho más profunda. Nuestras normas de valor han sido tan distorsionadas que no *queremos* hacer otra cosa. Eso no es difícil de entender. Por ejemplo, nuestra voluntad construye y persigue ciertos planes para nuestra vida. Entre más que lo hace, entre más propósito demuestra - y, después de todo, eso es realmente una cualidad positiva. Estamos determinados, por ejemplo, a alcanzar cierto nivel de vida, queremos alcanzar el éxito, deseamos que nuestras familias estén contentas - y si sale de otro modo, formamos un puño y maldecimos la voluntad de Dios que arruina nuestros planes o caemos en la duda o desesperación, y nuestro amor se enfría. Y todo el tiempo que seguimos protestando, nos hacemos más hambrientos y vacíos. Porque no hay ningún hombre, no importa si lo ha tratado cien veces, que jamás haya encontrado la felicidad en perseguir su propia voluntad.

Esta es también la manera en que tenemos que interpretar esa hora en Getsemaní en que Jesús tomó esta voluntad enferma nuestra sobre sí mismo y se hizo nuestro hermano luchando en las profundidades con su propia voluntad. Cualquiera que trata de penetrar el pensamiento más profundo en el corazón de esta historia tiene que llegar a la conclusión de que cuando Jesús luchó con un sudor de sangre con su destino, el destino que lo llevaría a la horca y a la completa bancarrota, no estaba luchando con Dios para hacerlo aceptar su propio plan para su vida (en cuanto uno podría aplicar el término propio al Salvador). No estaba luchando por ser permitido cumplir su destino mesiánico *sin* sufrir, *sin* morir en la cruz. Estaba luchando para que su propia voluntad *no* se interpusiera entre él y el Padre; estaba luchando por no perder contacto con el Padre. Y cuando esa lucha finalmente terminó con las palabras "no se haga mi voluntad, sino la tuya," eso otra vez no fue algo que dijo a regañadientes - como podría decirse por alguien que ha hecho esfuerzos sobrehumanos y sin embargo tiene que darse por vencido contra su voluntad y luego lo hace con la actitud que dice: No hay otro remedio, tengo que someterme; la voluntad del destino se ha probado más fuerte que la mía. No, ese luchador nocturno en el huerto de Getsemaní habló esas palabras con un sentido bendito de liberación: "Te doy gracias, oh Dios, que puedo entregar mi voluntad a la tuya", "te doy gracias que ahora puedo echar a un lado toda mi voluntad, todos mis propios sueños y esperanzas. Gracias sean dadas a ti que puedo renunciarlos todos, y que ahora ya no me duele hacerlo. Realmente no es sacrificio, sino que gustosamente puedo ponerme en tus manos." Hay buena razón entonces, porque la historia cierra con el ángel que viene para fortalecer. Es la hora de ángeles, la hora de comunión con el mundo de gloria, la hora

de la felicidad profunda, misteriosa, escondida. Nietzsche una vez dijo, tocando en su manera el mismo problema: "¿Ya no lo puedes soportar, tu destino imperioso? Ámalo; no hay otro remedio." Es precisamente cuando lo comparamos con este pagano amor al destino de Nietzsche, que vemos el consuelo indecible que es para un cristiano cuando puede decir: "hágase tu voluntad."

Nietzsche también vio que el hombre se muele al polvo interiormente cuando constantemente se opone a su destino. Nosotros sabemos esto muy bien. Para ilustraciones solamente tenemos que pensar de las muchas personas que han sufrido por las bombas y que se consumen en sus corazones con amargas quejas, o las viudas y madres que se han convertido en un tormento para sí mismas y para otros (por encima de lo que en toda conciencia se tiene que decir que era bastante difícil soportar en sí,) sencillamente porque no pueden reconciliarse con su destino, y así siguen viviendo en un conflicto que les consume y que destruye su alma, por lo que ha llegado a sus vidas y no puede cambiarse. A tales personas dice Nietzsche - y aquí habla en nombre de todos los hombres que no son redimidos, pero que ven la vida con ojos entendidos: Ríndete a tu oposición; no hay otro remedio. Solamente te arruinarás. Trata de amar y afirmar lo que odias. Trata de amar a este enemigo que se llama "el destino," ya que no lo puedes conquistar de todos modos. ¡Así al menos recobrarás tu balance y cesará tu trastorno interno!

¡Como si pudiera hacer tal cosa - como si jamás podría resultar algo de esto excepto complejos y un proceso desnatural de represión espiritual en que tratamos de dejar de lado toda la ansiedad del destino y todo mi fracaso en enfrentarme al destino con la máscara de una sonrisa. Eso sería como ver a alguien que no sabía nadar luchando por su vida y clamando por ayuda, y luego gritándole: "¿Qué, tienes miedo de ahogarte? Cese tu patalear fútil; ama al agua y afírmala." Me supongo que jamás se haya salvado una vida de esa manera - porque sería una locura. Pero cuando se trata de las preguntas más profundas de nuestras vidas, nosotros los hombres *estamos* locos.

Otra vez pregunto ¿Cómo puedo amar al destino? Después de todo, solamente puedo amar cuando siento que hay un corazón que responde a mi amor. La misma razón por la que la gente sufre tan terriblemente en sus vidas y a causa de las bombas es porque con sus facultades humanas no pueden sentir que haya ningún corazón detrás de todo esto.

Y esto es el punto donde reconocemos cuán completamente Jesús se hace el pastor de nuestras almas - en contraste con ese consuelo imaginario del mundo que no puede darnos ninguna

paz. Porque Jesús me muestra que puedo orar a mi Padre, que su voluntad se hace - aún más allá de mi propia oración y comprensión, y que por lo tanto en la oración puedo poner mi destino y mi situación en sus manos. Jesús no me pide hacer algo tan tonto como amar a mi destino. Él nunca dijo a ningún ciego o enfermo o cojo: Debes amar tu enfermedad, tu lepra, tu ceguera; entonces dejarás de gemir. Tampoco dijo a la madre joven de Naín: Ama esa brecha terrible que la muerte ha traído a tu vida; entonces se calmarán tus nervios y tus lágrimas se secarán. No, al contrario, puso sus manos sobre los enfermos y atormentados para demostrarles cómo el Padre se siente hacia ellos, para darles una señal de que sus dolores apenan al Padre y que él está presente con su ayuda.

Y eso es exactamente lo que está comunicando a nosotros en esta petición: "Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo." Lo que significa es esto:

Todo lo que te pasa, sea bueno o malo, primero tiene que ser aceptable ante el corazón de tu Padre. Aún en medio de tumultos y guerra los pensamientos de ese corazón son pensamientos de paz hacia ti. Y si sus tratos contigo parecen completamente horribles, crueles e incomprensibles, que tu mirada atormentada entonces encuentre descanso en mí: en mi compasión, en mi sanación y auxilio está hablando ese corazón lo más claramente. Aún los lugares más oscuros de tu vida tienen que verse en esta luz, en esta luz de *Cristo*. Y solamente porque lo ves allí, solamente porque allí lo ves como realmente es, puedes amarle a él en respuesta a su amor. Después, tal vez después de largos años de crecimiento interior, puedes también aprender a amar, afirmar lo que ahora es tan amargo y cruel. Porque las manos del Padre transforman y santifican los destinos que fluyen a través de ellas. El que es reconciliado al Padre también se reconcilia con su situación en la vida. Para la persona, cualquiera que sea, para quien la voluntad de Dios ha perdido su terror (y eso es lo que ha pasado para todos los que conocen al Padre de Jesucristo), para él la noche oscura del valle de la vida ha perdido sus espectros y brilla con luz. Ahora tal vez hemos llegado lo suficientemente lejos para detectar el tono de gozo y victoria en las palabras "Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo." Esas palabras no nacieron de la resignación y la renuncia. No pueden haber sido habladas por alguien que solamente se da por vencido ante el decreto divino sobre su vida, del cual no hay escape. No, hay algo radiante y brillante en esto. Esta oración "Hágase tu voluntad", no se habla a otra persona que al Padre. Y puedo estar seguro que si permito que esta voluntad se haga y si me escondo completamente en esta voluntad, esto solamente puede traer paz y satisfacción a mi vida. Porque es la voluntad de Aquél que está delante de mí en Jesucristo y quien ha prometido que a los que aman a Dios,

todas las cosas les ayudan a bien, y que donde reina su voluntad, todo sale bien al final.

Cuando esto sucede, o más bien, cuando permitimos que esto suceda, ya estamos unidos al cielo y a las huestes de aquellos que alaban y aman a Dios en liturgias celestiales y cuya comida es hacer la voluntad de Dios.

No que esto en sí mismo cambiará esta tierra mojada con sangre y torturada con dolor en el cielo. A pesar de toda la gloria de la creación, siempre tendrá bastantes valles oscuros, pasos estrechos, sufrimientos, luto y llanto. Seguramente, nadie tiene que molestarse en explicar eso a nosotros que estamos pasando por el más terrible de los pasos estrechos ahora mismo. Tampoco olvidaremos estas horas en las profundidades si una vez más seamos llevados a alturas mas lucidas. Pero por encima de la oscuridad, el cielo está abierto y los huestes de aquellos que han vencido toda oposición y ahora son perfeccionados en amor indivisa miran abajo sobre nosotros que seguimos marchando y luchando con nuestra situación.

Y porque oímos los cánticos de aquellos que han llegado a ser unidos a la voluntad del Padre, nosotros también empezamos a consolarnos. La alabanza de los hijos de Dios en gloria levanta nuestras propias voces peregrinas. Da descanso al alma quejumbrosa y resistente y nos da, en vez de resignación melancólica a nuestro destino, un gusto anticipado de la paz de Dios. Así cuando decimos y repetimos las palabras "Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo," esto no es otra cosa que una primera tímida participación en el cántico de los huestes celestiales: Alabado seas ¡oh Dios! porque podemos sepultar todo, sí, todo, en tu voluntad, nuestro *Padre*.